

ellos: los colmaban de injurias y de amenazas: les robaban sus bienes, ó se los confiscaban: los desterraban, y los asesinaban públicamente sin respetar ni aún á los obispos y ancianos. Sólomente á los católicos se privaba de libertad, viéndose estos, por lo tanto, expuestos á todo género de males. San Gregorio dice que la gran iglesia de santa Sofia podía llamarse la ciudad del demonio, que se había apoderado de ella para que en su recinto acampasen sus soldados. Allí se congregaban todo el ejercito de la mentira y las legiones de los espíritus impuros en compañía de las fieras, que no de otro modo podían llamarse las mujeres arianas, que, llevadas del ardor de secta, superaban á la impía Jezabel.

No era éste el único mal que infestaba la ciudad imperial. Los novacianos tenían en ella muchas iglesias: la herejía de los Macedonios, que negaban la divinidad del Espíritu Santo, hacía también grandes progresos: los Apolinaristas comenzaban á amenazarla, y los eunomianos tenían en ella su obispo. De esta manera parecía como que la verdadera fé estaba envuelta en el sudario de la infidelidad y de la idolatría. Sin embargo, conservaba un resto de vida en un pequeño número de personas fieles; pero era como un pequeño rebaño sin pastor, sin orden y sin disciplina. La reputación de la ciencia y de la virtud de Gregorio, que había traspasado los mares del Asia, y que no había cesado de ensalzar Eusebio de Samosata, hizo que lo solicitasen los católicos de Constantinopla, así como los obispos de los territorios comarcanos y el de Tracia, á los cuales se unieron san Melecio, Bosforo de Colonia y otro obispo de Capadocia, llamado Teodoro. También lo había solicitado san Basilio ántes de morir. Muchos de estos se quejaron de su tardanza en complacerles, como puede verse por las cartas en que expone las razones que le asistían.

Llegó, pues, á Constantinopla el año 379, siguiéndole el don de milagros con que había sido favorecido; pero su principal apoyo era el auxilio de Jesucristo, por cuya gloria iba á combatir. Así lo prueba la manera con que hizo su entrada en esta segunda Roma, lo mismo que su profunda humildad. Dice que su designio debía parecer tan extraordinario, como el de David, cuando adelantaba al encuentro del gigante Goliath; que nada había en el mundo tan despreciable como él: que no sólomente era extranjero, sino natural de una miserable aldea: que se hallaba agoviado por la enfermedad y los años: que llevaba la cabeza baja: que era calvo, de fisonomía muy vulgar, y consumido por las lágrimas, por las austeridades y por el temor de los juicios de Dios: que su lenguaje era tosco y grosero, y por último, que se hallaba mal vestido, y que no tenía dinero para portar de otra manera.

Al llegar, fué recibido en casa de unos parientes que no le estaban ménos unidos por los vínculos de la carne que por los de la piedad. Cree Baronio que esta casa era la de Nicobulo, marido de su sabrina. No teniendo los católicos lugar alguno en que congregarse, erigieron en esta casa una pequeña capilla, que se hizo muy célebre en el trascurso de los tiempos por la magnitud y riquezas de que la dotaron los emperadores. Se le llamó la Anastasia ó la Resurrección, á causa de la verdadera fé, que estaba como muerta en Constantinopla, y que empezó á revivir en ella. Allí fué en donde este gran doctor combatió todas las herejías con sus grandiosos discursos, preservando de los errores á los católicos, explicando la doctrina de la Iglesia, y dirigiendo las costumbres según las leyes del Evangelio.

Preservó sobre todo á los fieles de un lazo muy peligroso que les tendían los herejes, y que consistía en querer penetrar con las luces de la razón la sublimidad de los misterios, y juzgar por ellas de su veracidad. Así es que

hablaban de ellos de una manera capciosa y sofisticada, bajo pretexto de elevación de espíritu, y procuraban deslumbrar á los fieles con las fábulas en que envolvían las verdades más santas. Se hablaba también de religión en las reuniones familiares, en las comidas y hasta en los lugares destinados á la recreación. Nada, sin embargo, tan impropio é inconveniente, al mismo tiempo que peligroso, á causa de las herejías que por todas partes pululaban.

El Santo, pues, recomendó muy eficazmente á los fieles que no se mezclasen en disputas de religión, demostrando que no todos tienen esta misión, ni debe hacerse en todos tiempos, ni en todos los lugares, ni ante toda clase de personas, y que nadie debe esforzarse por penetrar lo que está sobre la capacidad humana, añadiendo esta hermosa máxima: Hay ocasiones en que debe escucharse, otras en que se debe hablar, y otras, por último, en que debemos quedarnos en suspenso sin oír ni hablar. Es verdad que hay ménos peligro en oír que en hablar, pero aún hay ménos en retirarse que en escuchar. »

Era éste un excelente preservativo contra las disputas y conversaciones con los herejes. Pero temiendo al mismo tiempo que se creyese que hablaba así por no ser capaz de defender las verdades de fé, hizo cuatro discursos excelentes en que explicó con grande erudición la doctrina de la Iglesia acerca de la Trinidad, y en que refutó valerosamente los falsos razonamientos de los herejes. Estos discursos son los que le merecieron el sobrenombre de Teólogo.

El principal motivo de estas predicaciones era la defensa de la fé y la refutación de los herejes; pues lo exigía el estado de la ciudad, pero no por esto dejó de ocuparse de lo relativo á las costumbres. Daba como regla á los fieles, que no consistía la verdadera piedad en hablar incesantemente y sin discernimiento de las cosas de la religión, sino en observar los mandamientos de la ley de Dios, en dar

limosna, en ejercer la hospitalidad, en visitar á los enfermos, en orar, en llorar los pecados, en mortificar los sentidos, en reprimir la cólera, en moderar la risa, en cuidar de la lengua, en someter el cuerpo al espíritu, etc. Es verdad que la elocuencia que empleaba en sus discursos era fruto del estudio que había hecho de los autores profanos; pero también lo es que había perfeccionado y ennoblecido este estudio con la lectura de los Libros santos, y como él mismo dice, con el madero vivificante de la cruz.

De todas partes acudían en tropel á escucharle, y muchas veces se traspasaban las balastradas del coro para oírle más de cerca. No hubo un solo hereje, de cualquiera secta que fuese, ni un solo pagano, que no acudiese á oírle con placer: unos para aprender su doctrina, otros atraídos por su elocuencia, y todos para oírle con admiración.

Pero la predicación más eficaz era la de su ejemplo. Muy raras veces se le veía en las calles: no se detenía á hablar con persona alguna, como no fuese de asuntos de verdadero interés, y en este caso su conversación era grave y seria. No faltaban personas que desearan que viniera á sus casas; pero prefería que se le tachase de poco atento, ántes que acceder á sus deseos. Rehusaba toda visita inútil, y de ordinario permanecía en su casa, ocupado en sus obras de piedad. Pasaba las noches ó conversando con Jesucristo, ó cantando salmos, alternando con otros. Gozaba postrándose en la presencia del Señor, y derramando lágrimas de compunción. Maceraba su cuerpo con todo género de austeridades, y en la oblación del augusto Sacrificio de nuestros altares, se ofrecía á sí mismo en unión de Jesucristo.

Lo que más le grangeaba el afecto de todo el pueblo de Constantinopla es que no se notaba en él precipitación, ni importunidad, ni violencia, ni ostentación, ni vanidad, sino que, por el contrario, se le veía siempre modesto,

humilde, recogido y como solitario en medio de los hombres, llevando la vida de un filósofo, pero de un filósofo cristiano. Así es que el ejemplo de una piedad tan eminente, unido á la fuerza de su elocuencia, redujo al silencio á los herejes, y produjo maravillosos efectos en favor de la fé, lo cual era tanto más importante para la religión, cuanto que Constantinopla era considerada como el lazo de unión del Oriente con el Occidente, y como el manantial desde donde se difundía la fé por todas las comarcas orientales.

No es creible, por lo tanto, que estos lisonjeros resultados fuesen una consecuencia de los aplausos que se le tributaban, sino que fueron fruto de su paciencia y de sus trabajos, y Dios quiso que coronasen las persecuciones que había sufrido de parte de los herejes. En efecto, tan luego como apareció en la ciudad, se unieron todas las sectas para combatirlo, esforzándose por difamarle públicamente, y despues de atacarle con la baja calumnia, se cebaron encarnizadamente en su rebaño. El fanatismo armó á monjes apóstatas, á mujeres sin pudor, á vírgenes necias, y á toda la gente de mal vivir. Todo este tropel acudió á la Anastasia un dia en que administraba el santo bautismo, y por consiguiente, en la fiesta de la Pascua, que en el año 379 coincidía en 21 de abril, y penetrando hasta el recinto del coro, profanaron el altar con sus sacrilegios, y colocaron en la cátedra á su ídolo, es decir, á su obispo Demófilo. A estas profanaciones sucedieron el vino, las danzas y toda clase de sacrilegios. Pero el objeto principal del odio de aquellas desenfrenadas turbas eran el Santo y los ministros que le asistían: hisrieron á unos, mataron á otros, y un católico celoso fué muerto á golpes en uno de los lugares más públicos de la ciudad. No concluyó con esto la persecución, sino que hicieron toda clase de ultrajes á los fieles, sacándolos de sus casas, y hasta de las soledades en que se

habían refugiado. San Gregorio fué llevado á los tribunales como un criminal, haciéndole comparecer, aunque contra las intenciones del emperador, ante uno de los más malvados prefectos <sup>1</sup>. Pero Jesucristo le protegió, y le hizo salir glorioso de este tribunal.

Nada tan admirable como la paciencia y moderación con que sufrió esta persecución: sólomente le afligían las injurias que hacían los herejes á Dios, maltratando á sus siervos, y la obstinación con que permanecían en la impiedad. « Cuando yo vine á esta ciudad, decia á sus perseguidores en uno de sus discursos, lo hice apoyado en una poderosa autoridad, (se referia á la del emperador), y sin embargo, no me he aprovechado de ella, aún cuando me hayais dado muchos motivos. ¿ Os he disputado vuestros bienes, aún cuando seais muy ricos? ¿ Os he despojado de alguna de vuestras Iglesias, aún cuando la mayor parte para nada os sirven, y yo no tenga ninguna? ¿ Que edicto imperial no he sostenido con calor, cuando vosotros los despreciais todos con insolencia? ¿ A qué prefecto he acudido en contra de vosotros? ¿ Qué queja he dado por vuestras crueldades? Me he limitado á decir con san Estéban: Señor, no les imputeis este pecado. » Es tan edificante la carta que sobre este particular escribió á Teodoro, que despues fué obispo de Thianes, que deseáramos transcribirla íntegra, si no nos viésemos obligados á abreviar: « Dominamos por la dulzura, dice entre otras cosas, á los que nos han ofendido: los ganamos por medio de la piedad, y dejamos que los castigue, no nuestra cólera, sino su conciencia. No cortemos todavía un árbol que puede dar fruto: no destruyamos en una hora una obra tan gloriosa é importante, por un accidente que la malicia ó la envidia del demonio han podido producir ».

<sup>1</sup> El título de prefecto se daba á un gran número de jefes civiles, militares y administrativos.

De esta manera compartía san Gregorio con su ilustre amigo san Basilio la gloria de haber sido perseguido por los arianos, y de haber triunfado de ellos por sus virtudes. Tuvo también que sufrir mucho de parte de algunos envidiosos, y en particular de un sacerdote extranjero y poco piadoso, que, no habiendo recibido de él ningún agravio, se llenó de odio sin otro motivo que la envidia, y se puso á la cabeza de un cisma, que alcanzó á una parte de su rebaño, favoreciendo al mismo tiempo la temeridad de Máximo el Cínico, que tuvo la osadía de hacerse elegir furtivamente obispo de Constantinopla por los obispos venidos secretamente de Egipto, y enviados por Pedro, patriarca de Alejandría, á quien Máximo había engañado. Pero éste es un punto de historia eclesiástica, que no es de nuestra competencia. Baste decir que este usurpador no tardó en ser mirado con execración por el pueblo, que permaneció fiel á nuestro Santo, y que habiendo tenido la osadía de presentarse al emperador Teodosio en Tesalónica fué rechazado ignominiosamente. De esta manera se devolvió la paz á los católicos de Constantinopla.

Habiendo llegado de Macedonia este príncipe, el día 24 de noviembre de 380, hizo á san Gregorio una acogida muy honrosa. Dice Sócrates que en la primera entrevista le pidió el Santo permiso para retirarse de Constantinopla, lo cual está conforme con estas palabras que le dirigió el emperador. « Dios se sirve de mí para colocaros en la silla de esta iglesia. La ciudad lo pide con tanta instancia, que no sería fácil que desistiese, y hasta me hace violencia, pues sabe que en ello tengo yo también una grande satisfacción ».

El emperador hizo que se preguntase á Demófilo, obispo de los arianos, si quería aceptar la fé de Nicea juntamente con la parte del pueblo que le seguía, y habiendo contestado negativamente, se le ordenó que dejase todas las igle-

sias, las cuales fueron de vueltas á los católicos pues hacía cuarenta años que los herejes se habían apoderado de ellas, cuando Eusebio usurpó la silla del obispo san Pablo en 339. El pueblo fiel manifestó su gratitud á Teodosio, aclamándole, y le pidió que le diese por obispo á Gregorio, protestando que ninguna gracia le sería tan satisfactoria. El Santo, lleno de temor casi podía hablar, pues comprendía que el clamor popular conseguiría su objeto. Exhortó, pues, al pueblo, á que no pensase en otra cosa que en dar gracias á Dios, y á que dejase para tiempo más oportuno lo demás. Todos, y más que nadie Teodosio, admiraron su modestia, y este príncipe empezó por darle posesión de la casa episcopal, de las rentas eclesiásticas y de todas las iglesias de la ciudad. Gregorio, sin embargo, no quiso subir desde el primer día al trono episcopal, hasta que algunos días despues le forzaron á hacerlo. Los herejes montaron en tanta cólera, que quisieron quitarle la vida, y habiéndose escargado un jóven de llevar á cabo un crimen tan execrable, no permitió Dios que lo ejecutase; ántes por el contrario, él mismo fué su propio denunciador y vino á postrarse á los pies del Santo, confesando su malvado designio. Este le perdonó, y le admitió en el número de sus amigos, lo cual contribuyó á acrecentar la grande estima que se profesaba á su caridad y á su generosidad. Aún cuando le hubiera sido muy fácil perseguir á los herejes, por contar con el apoyo decidido del emperador, no quiso emplear más que temperamentos de dulzura para curarlos, esperando que su propia moderación les haría más moderados y propicios á la conversión. Tal fué su conducta en estas circunstancias tan favorables á los católicos como humillantes para los arianos.

Toda la que observó durante el corto espacio de tiempo que gobernó la iglesia de Constantinopla puede considerarse como modelo de grandes prelados. Su desinterés en la ad-